

SEDE APOSTÓLICA  
SÍNODO DE LOS OBISPOS  
**Mensaje**

XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS 2012

## **Mensaje al Pueblo de Dios**

26 de octubre de 2012

---

Hermanos y hermanas:

«*Gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*» (Rm 1,7). Obispos de todo el mundo, invitados por el obispo de Roma, el papa Benedicto XVI, nos hemos reunido para reflexionar juntos sobre "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana" y, antes de volver a nuestras Iglesias particulares, queremos dirigirnos a todos vosotros para animar y orientar el servicio al Evangelio en los diversos contextos en los que estamos llamados a dar testimonio hoy.

### **1. Como la samaritana en el pozo**

Nos dejamos iluminar por una página del Evangelio: el encuentro de Jesús con la mujer samaritana (cf. Jn 4,5-42). No hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que por sí solo puede dar significado pleno a la existencia. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen para saciar la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar las aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser perjudiciales.

Los cambios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos nos llaman a algo nuevo: a vivir de un modo renovado nuestra experiencia comunitaria de fe y el anuncio, mediante una evangelización «*nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones*» (Juan Pablo II, Discurso a la XIX Asamblea del CELAM, Puerto Príncipe, 9-3-1983, 3: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 20-3-1983, 24), como dijo Juan Pablo II. Una evangelización dirigida, como nos ha recordado Benedicto XVI, «*principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana (...), para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social*» (Benedicto XVI, Homilía en la celebración eucarística para la solemne inauguración de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 7-10-2012: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 14-10-2012, 3).

### 3. Encuentro personal con Jesucristo en la Iglesia

Antes de entrar en la cuestión sobre la forma que debe adoptar esta nueva evangelización, sentimos la exigencia de decirnos, con profunda convicción, que la fe se determina por completo en la relación que establecemos con la persona de Jesús, que sale a nuestro encuentro. La obra de la nueva evangelización consiste en proponer de nuevo al corazón y a la mente, no pocas veces distraídos y confusos, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y, sobre todo, a nosotros mismos, la belleza y la novedad perenne del encuentro con Cristo. Os invitamos a todos a contemplar el rostro del Señor Jesucristo, a entrar en el misterio de su existencia, entregada por nosotros hasta la cruz, ratificada como don del Padre por su resurrección de entre los muertos, y comunicada a nosotros mediante el Espíritu. En la persona de Jesús se revela el misterio del amor de Dios Padre por toda la familia humana. Él no ha querido dejarla a la deriva de su imposible autonomía, sino que la ha unido a sí por medio de una renovada alianza de amor.

La Iglesia es el espacio ofrecido por Cristo en la historia para poderlo encontrar, porque Él le ha confiado su Palabra, el Bautismo que nos hace hijos de Dios, su Cuerpo y su Sangre, la gracia del perdón

cercana; cómo el ciego de nacimiento lo invocó como liberador de su propia marginación; cómo Marta y María vieron recompensada la hospitalidad de su casa y de su corazón con su presencia. Podríamos continuar aún recorriendo las páginas de los Evangelios y encontrando tantos y tantos modos en los que la vida de las personas se ha abierto, desde diversas condiciones, a la presencia de Cristo. Y lo mismo podríamos hacer con todo lo que la Escritura nos dice de la experiencia misionera de los Apóstoles en la Iglesia naciente.

La lectura frecuente de la Sagrada Escritura, iluminada por la Tradición de la Iglesia, que nos la entrega y la interpreta auténticamente, no solo es un paso obligado para conocer el contenido mismo del Evangelio, esto es, la persona de Jesús en el contexto de la historia de la salvación, sino que, además, nos ayuda a descubrir espacios de encuentro con Él, formas de acción verdaderamente evangélicas, enraizadas en las dimensiones fundamentales de la vida humana: la familia, el trabajo, la amistad, la pobreza y otras pruebas de la vida, etc.

## **5. Evangelizarnos a nosotros mismos y disponernos a la conversión**

Sería un error pensar que la nueva evangelización no nos toca en primera persona. En estos días, muchos obispos, varias veces, nos han recordado que, para poder evangelizar el mundo, la Iglesia debe, ante todo, ponerse a la escucha de la Palabra. La invitación a evangelizar se traduce en una llamada a la conversión.

Sentimos sinceramente que nosotros mismos debemos convertirnos, ante todo, a la fuerza de Cristo, que es capaz de hacer nuevas todas las cosas, y sobre todo nuestras pobres existencias. Hemos de reconocer con humildad que la miseria y las debilidades de los discípulos de Jesús, especialmente de sus ministros, hacen mella en la credibilidad de la misión. Somos plenamente conscientes, nosotros los obispos los primeros, de que no podemos estar nunca a la altura de la llamada del Señor y del Evangelio que nos ha entregado para su anuncio a las gentes. Sabemos que hemos de reconocer humildemente

No hay lugar para el pesimismo en la mente y en el corazón de aquellos que saben que su Señor ha vencido la muerte y que su Espíritu actúa con fuerza en la historia. Con humildad, pero también con decisión —aquella que viene de la certeza de que la verdad siempre vence—, nos acercamos a este mundo y queremos ver en él una invitación del Resucitado a ser testigos de su nombre. Nuestra Iglesia está viva y afronta los desafíos de la historia con la fortaleza de la fe y del testimonio de sus numerosos hijos.

Sabemos que debemos afrontar una dura batalla en el mundo contra «*los principados y las potencias*» y «*los espíritus del mal*» (Ef 6,12). No ocultamos los problemas que tales desafíos suponen, pero no nos atemorizan. Esto lo señalamos especialmente ante el fenómeno de la globalización, que debe ser para nosotros una oportunidad para extender la presencia del Evangelio. A pesar del sufrimiento que suponen, y que nos lleva a una cercanía sincera y a la acogida propia de los hermanos, las migraciones han sido y siguen siendo ocasiones para la difusión de la fe y la construcción de la comunión en todas sus formas. La secularización y la crisis en la primacía de la política y del Estado piden a la Iglesia repensar su propia presencia en la sociedad, sin renunciar a ella. Las muchas y siempre nuevas formas de pobreza abren espacios inéditos al servicio de la caridad; la proclamación del Evangelio compromete a la Iglesia a estar al lado de los pobres y compartir con ellos sus sufrimientos, como lo hacía Jesús. También en las formas más radicales de ateísmo y agnosticismo podemos reconocer, aun en modos contradictorios, no un vacío, sino una nostalgia, una espera que requiere una respuesta adecuada.

Frente a los interrogantes que las culturas dominantes plantean a la fe y a la Iglesia, renovamos nuestra confianza en el Señor, seguros de que también en estos contextos el Evangelio es portador de luz y capaz de sanar la debilidad del hombre. No somos nosotros quienes conducimos la obra de la evangelización, sino Dios. Como nos ha recordado el Papa: «*La primera palabra, la iniciativa auténtica, la actividad verdadera viene de Dios, y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también nosotros llegar a ser —con Él y en Él— evangelizadores*». (Benedicto XVI, Meditación en la Primera Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 8-10-2012: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 14-10-2012, 9).

irregulares construidas tras el fracaso de matrimonios anteriores: son acontecimientos dolorosos que repercuten incluso sobre la educación en la fe de los hijos. A todos ellos les queremos decir que el amor de Dios no abandona a nadie, que también la Iglesia los ama y es una casa acogedora con todos, y que siguen siendo miembros de la Iglesia, aunque no puedan recibir la absolución sacramental ni la Eucaristía. Que las comunidades católicas estén abiertas a acompañar a cuantos viven estas situaciones y favorezcan caminos de conversión y de reconciliación.

La vida familiar es el primer lugar en el que el Evangelio se encuentra con la vida ordinaria y muestra su capacidad de transformar las condiciones fundamentales de la existencia en el horizonte del amor. Pero no es menos importante para el testimonio de la Iglesia mostrar cómo se abre esta vida en el tiempo a una plenitud que va más allá de la historia de los hombres y que conduce a la comunión eterna con Dios. Jesús no se presenta a la mujer samaritana simplemente como Aquél que da la vida, sino como el que da la «*vida eterna*» (Jn 4,14). El don de Dios que la fe hace presente, no es simplemente la promesa de unas mejores condiciones de vida en este mundo, sino el anuncio de que el sentido último de nuestra vida va más allá de este mundo y se encuentra en la comunión plena con Dios que esperamos al final de los tiempos.

De este horizonte ultraterrenal del sentido de la existencia humana son testigos particulares en la Iglesia y en el mundo los que han sido llamados por el Señor a la vida consagrada, una vida que, precisamente porque está dedicada totalmente a Él, en el ejercicio de la pobreza, la castidad y la obediencia, es signo de un mundo futuro que relativiza cualquier bien de este mundo. Desde la Asamblea del Sínodo de los Obispos, queremos agradecer a estos hermanos y hermanas nuestros su fidelidad a la llamada del Señor y la contribución que han hecho y hacen a la misión de la Iglesia, exhortarles a la esperanza en situaciones nada fáciles para ellos en estos tiempos de cambio, e invitarles a confirmarse como testigos y promotores de la nueva evangelización en los diversos ámbitos de vida en que los sitúan los carismas de cada instituto.

## 8. Comunidad eclesial y agentes de la evangelización

Mirando a los laicos, dirigimos una mención específica a las diversas formas de asociación, antiguas y nuevas, junto con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Todas ellas son expresión de la riqueza de los dones que el Espíritu concede a la Iglesia. También expresamos nuestra gratitud a estas formas de vida y compromiso en la Iglesia, exhortándoles a la fidelidad al carisma propio y a la comunión eclesial convencida, de modo especial en el ámbito de las Iglesias particulares.

Dar testimonio del Evangelio no es un privilegio exclusivo de nadie. Reconocemos con gozo la presencia de numerosos hombres y mujeres que con su vida son signos del Evangelio en medio del mundo. Lo reconocemos también en tantos de nuestros hermanos y hermanas cristianos, con quienes lamentablemente la unidad no es todavía perfecta, pero que llevan también la señal del Bautismo del Señor y son sus anunciadores. En estos días nos ha conmovido la experiencia de escuchar las voces de tantos responsables reconocidos de Iglesias y Comunidades eclesiales que nos han dado testimonio de su sed de Cristo y de su dedicación al anuncio del Evangelio, convencidos también ellos de que el mundo tiene necesidad de una nueva evangelización. Estamos agradecidos al Señor por esta unidad en la exigencia de la misión.

## **9. Para que los jóvenes puedan encontrar a Cristo**

Los jóvenes nos importan de un modo muy especial, porque son parte relevante del presente y del futuro de la humanidad y de la Iglesia. La mirada de los obispos hacia ellos no es pesimista en absoluto; preocupada sí, pero no pesimista. Preocupada, porque los ataques más agresivos de estos tiempos confluyen precisamente sobre ellos; no pesimista, sobre todo porque, lo resaltamos, el amor de Cristo es quien mueve lo profundo de la historia, pero también porque vemos en nuestros jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad, a las cuales estamos convencidos de que la respuesta es Cristo.

Queremos ayudarles en su búsqueda, e invitamos a nuestras comunidades a que entren, sin reservas,

El encuentro entre fe y razón nutre el esfuerzo de la comunidad cristiana en el mundo de la educación y la cultura. Un lugar especial en este campo lo ocupan las instituciones educativas y de investigación: escuelas y universidades. Donde se desarrolla el conocimiento del hombre y se da una acción educativa, la Iglesia se alegra de aportar su propia experiencia y contribuir a una formación integral de la persona. En este ámbito, merecen una atención especial las escuelas y universidades católicas, en las que la apertura a la trascendencia, propia de todo itinerario cultural sincero y educativo, debe completarse con caminos de encuentro con la persona de Jesucristo y con su Iglesia. Que la gratitud de los obispos llegue a todos los que, en condiciones a veces difíciles, desempeñan esta tarea.

La evangelización exige que se preste gran atención al mundo de las comunicaciones sociales, que son un camino, especialmente en el caso de los nuevos medios, en el que se cruzan tantas vidas, tantos interrogantes y tantas expectativas. En muchas ocasiones son el lugar donde se forman las conciencias y se muestran los hechos de la propia vida. Es una oportunidad nueva para llegar al corazón de los hombres.

Un ámbito particular de encuentro entre fe y razón se da hoy en el diálogo con el conocimiento científico. Este, por otro lado, no se encuentra lejos de la fe, siendo manifestación del principio espiritual que Dios ha puesto en sus criaturas, y que les permite comprender las estructuras racionales que se encuentran en la base de la creación. Cuando la ciencia y la técnica no presumen de encerrar la concepción del hombre y del mundo en un árido materialismo, se convierten en un precioso aliado para el desarrollo de la humanización de la vida. También a los responsables de esta delicada tarea del conocimiento se dirige nuestro agradecimiento.

Queremos, además, agradecer su esfuerzo a los hombres y mujeres que se dedican a otra expresión del genio humano: el arte en sus diversas formas, desde las más antiguas a las más recientes. En sus obras, en cuanto tienden a dar forma a la tensión del hombre hacia la belleza, reconocemos un modo particularmente significativo de expresión de la espiritualidad. Estamos especialmente agradecidos cuando sus bellas creaciones nos ayudan a hacer evidente la belleza del rostro de Dios y de sus criaturas. La vía de la belleza es un camino particularmente eficaz en la nueva evangelización.

El diálogo entre los creyentes de las diversas religiones quiere ser una contribución a la paz, rechaza todo fundamentalismo y denuncia toda violencia que se produce contra los creyentes como graves violaciones de los derechos humanos. Las Iglesias de todo el mundo están cerca, desde la oración y la fraternidad, de los hermanos que sufren, y piden a quienes tienen en sus manos los destinos de los pueblos que salvaguarden el derecho de todos a la libre elección, confesión y testimonio de la propia fe.

## 11. En el Año de la fe, el recuerdo del Concilio Vaticano II y la referencia al *Catecismo de la Iglesia Católica*

En el camino abierto por la nueva evangelización podremos sentirnos a veces como en un desierto, en medio de peligros y privados de referencias. El Santo Padre Benedicto XVI, en la homilía de la Misa de apertura del Año de la fe, ha hablado de una «"desertificación" espiritual» que ha avanzado en estas últimas décadas, pero él mismo nos ha dado fuerza afirmando que «a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir» (Benedicto XVI, Homilía en la celebración eucarística para la Apertura del Año de la fe, 11-10-2012: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 14-10-2012, 20). En el desierto, como la mujer samaritana, se va en busca de agua y de un pozo del que sacarla: idichoso el que encuentra en él a Cristo!

Agradecemos al Santo Padre el don del Año de la fe, preciosa entrada en el itinerario de la nueva evangelización. Le damos las gracias también por haber unido este Año al recuerdo gozoso de los cincuenta años de la Apertura del Concilio Vaticano II, cuyo magisterio, fundamental para nuestro tiempo, se refleja en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que se vuelve a proponer, a los veinte años de su publicación, como referencia segura de la fe. Son aniversarios importantes que nos permiten reafirmar nuestra plena adhesión a las enseñanzas del Concilio y nuestro convencido esfuerzo en continuar su puesta en marcha.

en nuestras comunidades es misteriosamente poderosa: cambia a las personas más que un discurso, enseña fidelidad, hace entender la fragilidad de la vida, exige oración; en definitiva, conduce a Cristo.

El gesto de la caridad, al mismo tiempo, exige ser acompañado por el compromiso con la justicia, con una llamada que se realiza a todos, ricos y pobres. Por eso es necesaria la introducción de la Doctrina social de la Iglesia en los itinerarios de la nueva evangelización y cuidar la formación de los cristianos que trabajan al servicio de la convivencia humana en la vida social y en la política.

## 13. Unas palabras a las Iglesias de las diversas regiones del mundo

La mirada de los obispos reunidos en Asamblea sinodal abraza a todas las comunidades eclesiales presentes en todo el mundo. Una mirada de unidad, porque única es la llamada al encuentro con Cristo, pero sin olvidar la diversidad.

Una consideración particular, llena de afecto fraterno y gratitud, reservamos los obispos reunidos en el Sínodo a vosotros, cristianos de las Iglesias orientales católicas, las herederas de la primera difusión del Evangelio, experiencia custodiada por vosotros con amor y fidelidad, y de las presentes en el Este de Europa. Hoy se os vuelve a proponer el Evangelio como nueva evangelización a través de la vida litúrgica, la catequesis, la oración familiar diaria, el ayuno, la solidaridad entre las familias, la participación de los laicos en la vida de la comunidad y el diálogo con la sociedad. En no pocos lugares, vuestras Iglesias son sometidas a pruebas y tribulaciones que dan testimonio de vuestra participación en la cruz de Cristo; algunos fieles están obligados a emigrar y, manteniendo viva la pertenencia a sus propias comunidades de origen, pueden contribuir a la tarea pastoral y a la obra de la evangelización en los países de acogida. Que el Señor continúe bendiciendo vuestra fidelidad, y que sobre vuestro futuro brillen horizontes de firme confesión y práctica de la fe en condiciones de paz y de libertad religiosa.

Nos dirigimos a vosotros, cristianos, hombres y mujeres, que vivís en los países de África, y os transmitimos nuestra gratitud por el testimonio que ofrecéis del Evangelio, muchas veces en situaciones de

Evangelio es fuente de una sociedad justa y fraterna. También el pluralismo religioso interroga a vuestras Iglesias y les exige un renovado anuncio del Evangelio.

También a vosotros, cristianos de Asia, sentimos la necesidad de dirigiros unas palabras de aliento y exhortación. Vuestra presencia, a pesar de ser una pequeña minoría en el continente en el que viven casi dos tercios de la población mundial, es una semilla fecunda, confiada a la fuerza del Espíritu, que crece en el diálogo con las diversas culturas, con las antiguas religiones y con tantos pobres. Aunque a menudo está situada al margen de la vida social y en diversos lugares incluso es perseguida, la Iglesia en Asia, con su fe firme, es una presencia preciosa del Evangelio de Cristo, que anuncia justicia, vida y armonía. Cristianos de Asia, sentid la cercanía fraterna de los cristianos de los demás países del mundo, los cuales no pueden olvidar que en vuestro continente, en la Tierra Santa, nació, vivió, murió y resucitó Jesús.

Unas palabras de reconocimiento y de esperanza queremos dirigir los obispos a las Iglesias del continente europeo, hoy marcado en parte por una fuerte secularización, a veces agresiva, y todavía hoy herido por las largas décadas de gobiernos con ideologías enemigas de Dios y del hombre. El reconocimiento es hacia un pasado, pero también hacia un presente en el cual el Evangelio ha creado en Europa certezas y experiencias de fe concretas y decisivas para la evangelización del mundo entero, muchas veces rebosantes de santidad: riqueza del pensamiento teológico, variedad de expresiones carismáticas, formas variadas de servicio de la caridad con los pobres, profundas experiencias contemplativas, y creación de una cultura humanística que ha contribuido a dar rostro a la dignidad de la persona y a la construcción del bien común. Las dificultades del presente no os deben abatir, queridos cristianos europeos: estas se deben mirar como un desafío por superar y como ocasión para un anuncio más gozoso y vivo de Cristo y de su Evangelio de vida.

Los obispos de la Asamblea sinodal saludamos, finalmente, a los pueblos de Oceanía, que viven bajo la protección de la Cruz del Sur, y les damos las gracias por el testimonio que dan del Evangelio de Jesús. Nuestra plegaria por vosotros es para que, como la mujer samaritana en el pozo, también vosotros sintáis viva la sed de una vida nueva, y podáis escuchar la palabra de Jesús que dice: «*iSi conocieras el don de Dios!*» (Jn 4,10). Comprometeos a predicar el Evangelio y a dar a conocer a Jesús en el mundo de hoy.

nuestro camino resplandece con vigor la luz de María, la Estrella de la nueva evangelización, a quien, confiados, nos encomendamos.